

có una pistola y apuntó. El pomo de una espada le dió tan rudo golpe en el puño, que le hizo soltar el arma y exhalar un grito; al mismo tiempo recibía entre las piernas y la espalda un formidable puntapié, y quedaba en su ropa la huella polvorienta de la bota claveteada de Cocardasse.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Á la escuela, mocoso! ¡Y vosotros, largo de aquí os han dicho! Chaverny se había colocado junto á Enrique con los brazos cruzados. Los espadachines, no teniendo que habérselas sino con los dos diestros, creyeron que podían gritar un poco, á lo menos por fórmula.

—¿Y por qué hemos de largarnos?—pricipió á decir Gendry—No hemos provocado á nadie, y tenemos el derecho de quedarnos si queremos.

—¡Caramba!—exclamó el catalán.—¡No se dirá que un caballero de mi clase ceda su puesto así!

Y adelantó hasta el medio de la sala, con el brazo izquierdo en jarras, la diestra armada, en actitud de bravata y desafío.

—¿Quieres quedarte?—gritó una voz burlesca.—¡Pues te quedarás!

Una cuerda lanzada á modo de lazo silbó en el aire y se arrolló en el cuerpo del flamante hidalgo, liándole como á un salchichón.

Morda soltó la espada y lanzó un grito. El

vasco ató el extremo de la cuerda, que conservaba en la mano, á una anilla fija en la pared, y abriendo luego la puerta de par en par, dijo burlescamente:

—Ya sabéis lo que aguarda al primero de vosotros que halle yo rondando la casa. Escarmentad en cabeza ajena. Me sobra cuerda para todos, y sé cómo se ata á un árbol con un hombre á la punta.

El *Ballena* enderezó como movido por un resorte los seis pies y medio de su corpachón y salió el primero. Los demás le siguieron dócilmente. Gualter Gendry no fué el último.

IV

Cocardasse, maestro de baile.

El pseudo-hidalgo trató al principio de sustraerse del lazo haciendo esfuerzos por aflojar sus ligaduras; pero no logró sino apretarlas, y prescindiendo de toda su jactancia comenzó á suplicar que le soltaran.

Lagardère no le escuchaba: hablaba aparte con Chaverny, Laho y Passepoil. El único que oía las súplicas del catalán era el gascón, que no hay que decir cuánto se divertía.

—¡No tengas miedo, pobrete! Ya que querías ir á París, debes regocijarte, puesto que te llevaremos. Y hasta sospecho que el que

tan admirablemente te ató tiene la idea de ir enseñándote por el camino como un oso. ¡Será divertido! Yo haré la cuestación en mi sombrero. ¡Mal pecado! ¡Guay de tus costillas cuando la colecta sea escasa!

La vista del gascón bastaba por sí sola para exasperar á Morda. Figúrese el lector cómo se pondría al tener que sufrir sus insolencias.

—¡Si fuera un oso—gruñó,—no tendría para un diente con un pelafustán como tú!

—¡Cuernos de Lucifer! ¡El pelafustán me parece que va á hacerte bailar!

—¡Te desafío á que lo hagas!

—¡Voto á Dios! ¿Qué, me desafías?... ¡Me desafia el pícaro! ¡Aguarda un poco, mochuelo, y verás! ¡Otros más guapos que tú han danzado á la fuerza! ¡Tengo un secreto para hacer aprender muy deprisita!

—¡Guarda tu secreto, ganapán! ¡No quiero nada tuyo!

—¿Ganapán? ¡Cuerpo de Cristo! ¡Me ha llamado ganapán este bandido! ¡Pues voy á darte lecciones gratis! ¡Ahora vas á ver! ¡Empecemos!

El diestro sacó el acero y puso la punta tan cerca de las pantorrillas del español, que éste, para evitar los pinchazos, iba levantando alternativamente la pierna amenazada. Cocardasse amagaba rápidamente, ora la derecha, ora

la izquierda, y Morda no pudo impedir algún pinchazo, aunque pataleaba de lo lindo.

—¡Voto á Dios! ¡Petronila lleva bien el compás! ¿Eh? ¡Ya te advertí que el pelafustán te haría bailar!

Lagardère y Chaverny no pudieron menos de reirse del espectáculo.

Á Laho, hombre en extremo práctico, le pareció excelente la idea del gascón, y le sugirió otra.

—Dejadnos hacer á Cocardesse y á mí. Estoy seguro de que esos bandidos vinieron aquí por algo, y hay que averiguarlo. ¿Queréis darme carta blanca para arrancar al prisionero todas las confesiones posibles?

—Haz lo que quieras, pero sin hacerle padecer mucho—dijo Lagardère.

Antonio habló aparte con el diestro. Lo que le dijo debía de ser muy chistoso, porque el diestro reía á carcajadas.

En aquel instante llegaron madame de Nevers, Aurora y Flor.

—¿Qué ha pasado, Enrique? ¿Os habéis batido? ¿Hay algún herido?

—Tranquilizaos, Aurora—contestó el Conde.

—¿Quién es ese hombre?

—Un discípulo mío, muy remolón y sin vergüenza—repuso cómicamente Cocardasse doblando el espinazo para hacer á las damas una profunda reverencia.—Voy á tener el ho-

nor de darle ante tan respetable público la segunda lección de baile, y confío en que la alta calidad de los espectadores le decidirá á trabajar mucho mejor que antes.

El prisionero volvía los ojos con espanto á todos lados. Su angustia era visible: el gascón se plantó delante de él y le saludó con la espada tan sarcásticamente, que le hizo estremecerse.

—Se trata, mocito, no solamente de danzar sino de responder á lo que te pregunte. La lengua debe moverse al mismo tiempo que las piernas. ¿Has comprendido?

Morda no respondió.

—Bueno; ahora te lo haré comprender. Señoras y caballeros, Cocardasse, maestro de esgrima jurado, y eventualmente profesor de baile y de retórica, tiene el honor de reclamar toda vuestra atención y toda vuestra indulgencia al presentaros á su mejor discípulo, amaestrado en libertad.

En la mirada que cambiaron maestro y alumno era fácil comprender que no reinaba ante ellos mucha cordialidad, ni siquiera cortesía.

—Comencemos por el baile. ¡Atención, amigo! ¡Una, dos! ¡Levanta un poco más esa pierna! ¡Hay que mostrar más agilidad! ¡Así! ¡Ahora la lengua, amigo! ¡Dinos de dónde habéis salido tú y tus compinches!



Comencemos por el baile... ¡Atención! ¡Una, dos!

30110

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
No. 1225 MONTERREY, MEX.

Nadie reía, á pesar de lo grotesco de la escena. Aurora trató de interponerse.

—¡Dejadle, Aurora!— repuso Lagardère.— Cocardasse no le hará mucho mal, y puede ser muy importante para nosotros conocer los propósitos de esos malandrines.

—Pero ¿hablará?

—¡Mal pecado! ¡No lo dudéis! ¡Petronila es un hada que haría hablar á un mudo de nacimiento!—Y acentuando el juego de su acero exclamó:—¿Vas á decidirte á hablar, granuja?

—Venimos..., nuestro jefe os lo ha dicho... Venimos... de Arras.

—¡Muy bien! ¿Y que has visto en Arras?

—He visto..., he visto...—balbuceó desconcertado el catalán.

—¡Me parece que no has visto nada! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Puede ser que no hayas estado en Arras sino de noche!

El español mordió el cebo.

—Sí; eso es..., de noche.

—¡Voto á bríos! ¡Estaba seguro! Por supuesto, que habrás bebido: en mis tiempos había un vinillo...

—Muy bueno, excelente vino... del país...

—¡Sangre de Cristo! ¿Has bebido vino del país muy bueno en Arras? ¡Pero si allí no hay más que faro, esa detestable cerveza de Bruselas! ¡Bailemos de nuevo, amigo, hasta que

se te desate la lengua y entones bien! ¡Hasta ahora cantas en falsete!

La terrible espada comenzó de nuevo á amagar las piernas del prisionero y á picarle en los muslos, y hasta en los brazos, haciéndole lanzar ayes de dolor y de espanto.

—¡Ay! ¡Por caridad! ¡No me martiricéis!

—¡Pues habla!

—¡He respondido la verdad!

—¡Pues siga el baile!

Aurora intercedió de nuevo, respondiendo á una mirada suplicante de Morda.

—¡Basta! Dejadle cobrar aliento, y quizás se decida á confesar.

La mano de Lagardère cayó sobre el hombro del catalán, que se estremeció.

—Te doy cinco minutos para pensarlo—le dijo con el tono resuelto é imperativo que empleaba algunas veces, y al cual era casi imposible dejar de someterse.—Si transcurrido ese plazo no confiesas cuanto sepas, te desatarán, te darán tu espada, y seré yo el que te haga cantar.

Las palabras caían como martillazos sobre Morda, que castañateó los dientes. Aunque sólo conocía á Lagardère por su fama, al verle y oírle comprendió que desde el momento en que tuviera que habérselas directamente con él, no tendría más remedio que obedecer. Los cinco minutos que le concedían los empleó en asegurar su salvación.

—Hablaré—dijo.—Pero ¿qué haréis de mí? Si habéis de atormentarme de nuevo, prefiero morir de una vez sin hacer traición á nadie.

—Si dices la verdad, serás libre de ir á hacerse ahorcar donde quieras.

—¿Me lo juráis?

El gascón estalló de indignación:

—¡Mal pecado! ¿No acaba de decírtelo? ¿Crees tu que Lagardère tenga más de una palabra, menguado?

—Habla—dijo al caballero,—y si estás bien con tu vida, no mientas.

—Pues bien; ayer mis compañeros y yo estábamos en un pueblecillo español de la frontera...

—Meditando alguna pillería—interrumpió el gascón.

—Se hacerlo que se puede. La vida es la vida, y sólo tenemos nuestra espada para mantenernos. Se acercaron unos caballeros á quienes Gendry, nuestro jefe, conocía. Habló un rato con dos de ellos...

—Si; Gonzaga y Peyrolles. ¡Adelante!

—Gendry nos trajo oro, y nos dijo que teníamos que seguiros por Francia adonde fuerais. No sé más.

—Sigue—ordenó el Conde frunciendo las cejas.

—Creo que M. de Peyrolles ha prometido mucho dinero á Gendry si lográbamos...

—¿Qué?

—Mataros.

—¿Á mi sólo?

—Á vos primero, y también á mademoiselle de Nevers, si no conseguimos apoderarnos de ella para volverla á España y entregársela á M. de Gonzaga.

Las tres mujeres lanzaron sendas exclamaciones de horror, dominando á todas la exhalada por la desdichada madre.

—¿No acabaremos nunca?—murmuró tristemente Aurora.—¿Ha de estar siempre el odio suspendido sobre nuestra cabeza para amenazar nuestra felicidad ó envenenarla?

—¡No: todo tiene fin, hasta la vida delos asesinos, y no descansaré hasta acabar con ellos!—repuso enérgicamente Lagardère.

Cocardasse se acercó al español, y le dijo con chunga:

—¿Te figurabas tú que se podía matar tan fácilmente á Lagardère y robar á su novia cuando la acompañan hombres como M. de Chaverny, Cocardasse y demás? ¡Venid, venid, aunque seáis cincuenta con Peyrolles á la cabeza! ¡Y te aseguro que no le faltará su lección de baile! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Fíjate bien en Petronila, y pide á Dios que no seas uno de los que han de quedar ensartados en ella desde el puño á la punta!

—¡Dios me libre! Yo me vuelvo á España,

y que Gendry y los otros hagan lo que quieran. Me basta con una lección.

—Soltad á ese hombre, y que le sirvan de comer y beber—ordenó Lagardère.

—¡Chócala, discípulo!—exclamó el gascón.—Ya que te aprovechó mi lección y has hablado como convenía, podemos vaciar algunos jarros frente á frente.

El español suplicó sumisamente:

—Para eso sería preciso que el señor caballero me permitiese pasar aquí la noche. No sé adónde ir á tales horas. Pero mañana al amanecer prometo que emprenderé el camino de Burgos.

—Sea, ya que necesitas descansar. Pero acuérdate bien de lo que te dije: no quiero volver á tropezarme contigo.

En cuanto Laho le hubo desatado pasó como un relámpago por las facciones de Morda una extraña sonrisa, en la cual no reparó ninguno.

V

Sedución.

Hübiera sido rarísimo que al ver que se les escapaba su presa Gonzaga y Peyrolles se limitaran á maldecir al Destino. Ya que no podían perseguirlos personalmente, pues tenían vedada la entrada en territorio francés, no fal-

taban mercenarios á quienes encargar de la faena. Y tal recurso era hasta ventajoso para ellos, pues así se libraban de perder la vida en un encuentro con el temido Lagardère.

El siglo XVIII no quería recordar que su antepasado el XVII había prohibido severamente el duelo, y nunca salieron al aire los aceros con más felicidad que en la época de la regencia de Felipe de Orleans.

Y la mayoría de las veces no se desenvainaban para combates leales y caballerescos. Nunca abundaron tanto en Francia los espada-chines de profesión, los aventureros, los asesinos mercenarios y los cortabolsas de capa y espada. Con mucha frecuencia los cuerpos de tales malandrines, colgados por el pescuezo, servían de pasto á los buitres; pero no escarmentaban los demás, y el ejército de los pícaros aumentaba, en vez de disminuir, pese á las ejecuciones.

En todas las bandas de esa clase que operaban en Francia, en España á veces, en Flandes y por los demás países de Europa en ocasiones era conocido Peyrolles, personalmente ó de nombre, y había alguien á quien él conociera. Era proverbial que rara vez dejaba de tener *trabajo* que encomendar ó que, por lo menos, los socorria en sus adversidades. Así, cuando Gendry formó su banda, instituyendo que sólo constaría de seis individuos, fué en busca

del mayordomo de Gonzaga, á quien él y el *Ballena* conocían de sobra.

Ya sabemos por el catalán el trato concertado. Lo extraño era que un hombre como Morda hubiese revelado á Lagardère tan pronta y fácilmente de dónde partía el golpe y el propósito que guiaba á los malandrines. ¿Servía á los suyos al obrar así? Allá lo veremos.

Sea como fuere, y para volver á nuestro relato, diremos que poco después de libertar al catalán Laho marchó á Paris, portador de una carta de la Princesa en la que anunciaba al Regente la llegada á Bayona de Lagardère y Aurora y el próximo casamiento de éstos, y el de Chaverny con Maria Cruz. Diósele orden de ir á mataballo y ordenar la preparación de las habitaciones necesarias en el palacio de Nevers, pues el de Gonzaga, teatro de las orgías del Príncipe y del martirio de la Duquesa viuda, estaba cerrado.

—No olvidéis que nos vamos mañana, señora—dijo Lagardère al salir de la sala donde Morda sufrió su interrogatorio.

Las damas se retiraron á sus habitaciones; el Conde y el Marqués se fueron juntos, y Jacinta se dispuso á seguirlos. Estaba un tanto triste por abandonar á Bayona y la hostería donde nació y que había cambiado por ella su antiguo nombre, ostentando el de *La Hermosa Hostelera*.

Por lo pronto, fatigada por tantas emociones y por dos noches de vela, sentía necesidad de reposo, y confiada en la vigilancia de los dos diestros, les puso en la mesa cuanto necesitaban para satisfacer la sed y el hambre, envió á su cuarto á la criada, hizo varias recomendaciones á los tres hombres, y se fué á dormir.

Quedaron en la sala Cocardasse, Passepoil y Morda. Los dos primeros habían perdido la costumbre de dormir. El gascón se disponía á pasar la noche bebiendo. No contaba con los vapores del vino, que si bien se disiparon una hora antes, volvieron á invadir su cerebro á las pocas libaciones. Trató de competir con el catalán, que le llenaba continuamente el vaso; pero el sueño le rindió. ¿Qué puede la voluntad contra la embriaguez? Se había arrimado á la pared, por capricho, según dijo; pero á poco rato roncaba soñando que bebía.

Maese Passepoil no pensaba en imitarle. No bebía ni dormía. Antes de subirse á su cuarto la moza le hizo una seña, y el inflamable diestro renegaba de la embriaguez de su compañero y de la presencia del maldito español, que le impedía subir á festejar á la bayonesa.

Amable: no podía ser sensato cuando su corazón se inflamaba; pero no por eso perdía toda prudencia: no en balde era normando. Consideraba peligroso dejar solo á su amigo borracho con el catalán, que seguía inspirándole des-

confianza, y maldecía instintivamente la clemencia de Lagardère, que le sometía á tan ruda prueba.

La conversación decaía, y los vasos no se llenaban desde que se quedó dormido Cocardasse. El uno sólo tenía sed de amor, el otro pretendía gustar de la sobriedad, lo cual no podía ser más lógico en el que no sabe distinguir el vino español del faro bruselense. Pronto pareció tener sueño.

— Me dispensaréis si no puedo haceros compañía; ¿verdad? — dijo. — El ejercicio que me obligó á hacer vuestro amigo me ha descoyuntado y extenuado. Si se os hace el tiempo largo, despertadme dentro de una hora.

Dobló los brazos sobre la mesa haciendo un hueco para el rostro, inclinó la cabeza, y no tardó el normando en oírle roncar.

El diestro sintió debilitarse su prudencia. El deseo le llamaba al lado de la moza. Verdad que sobre él pesaba la responsabilidad de todo lo que sucediese; pero el catalán dormía á pierna suelta. Y, además, ¿qué iba á hacer él solo en aquella casa que bastaba para hacer temida y respetable la presencia de Lagardère? Por otra parte, se prometió bajar en breve, muy en breve. Las puertas estaban bien cerradas. Si llamaba alguien, él lo oiría, aunque estuviese diciendo chicoleos á la bayonesa. Se aseguró de

que ninguno de sus dos compañeros despertaba, y se fué.

No había subido seis escalones, cuando Morda, sin dejar de roncar, abrió un ojo, luego se arriesgó á abrir los dos, á levantar la cabeza, y murmuró con sonrisa de satisfacción:

— ¡Heme aquí dueño del campo! ¡Con tal que no tarden!

Escuchó atentamente. La casa estaba silenciosa como una tumba. Dieron las doce en el reloj de la Ciudadela. El español se levantó silenciosamente, sacó de su colete una banda de seda, y con mil precauciones amordazó sólidamente á Cocardasse. La ligereza de sus manos fué tal, que el borracho apenas si lanzó un gruñido.

Arañaron la puerta suavemente. Cualquiera hubiera creído que el ruido lo producía un ratoncillo. Acercóse Morda á la ventana, dió tres golpes discretos, y se entabló el siguiente diálogo.

— ¿Sois vos, Gendry?

— Sí. ¿Entramos por la puerta, ó por la ventana?

— ¡Hablad más bajo, que no estoy solo!

— ¿Quién está ahí?

— ¡Ese pellejo de Cocardassel Pero está borracho, y le he amordazado.

— ¿Por qué no le has muerto?

— Me han desarmado, y ese maldito tiene

su tizona entre las piernas. Si intento quitársela, se despertará.

—¡Estrangúlale!

—Es muy duro, y si grita...

—¿Y el normando?

—Arriba con la moza. Los demás duermen todos.

—¡Está bien! ¡Abrenos la puerta!

—Voy; pero guardad el silencio más completo, ó fallará el golpe.

Para eso había confesado el español. Cuando la banda de Gualter penetró en la hostería convinieron en que si las cosas salían mal, uno cualquiera de ellos trataría de quedarse en el mesón para dar entrada después á los compañeros.

Sin sospecharlo, Laho había secundado sus planes. Morda y Gendry cambiaron una mirada, y no necesitaron más. El catalán portóse hábilmente y logró sus deseos. Por otra parte, Gendry se había puesto de acuerdo con la moza para reducir á la impotencia á uno de los diestros. Al otro, pues habían supuesto que ambos velarian el sueño de los demás, sólo era cuestión de hacerle beber mucho, lo cual no ofrecía la menor dificultad.

X el plan había logrado el mejor éxito.

VI

Fracaso.

El español se dirigió hacia la puerta con cautelosos pasos. No hubiera estado muy tranquilo á poder sospechar que Cocardasse le vigilaba. Lo fuerte de la mordaza que amenazaba asfixiarle, le había despertado, y no perdió una sola palabra del diálogo de los dos malandrines. Al principio se sorprendió muy mucho de sentirse amordazado y de no ver á su colega Amable. Muy luego, al escuchar lo que los malandrines se decían, sonrió; pero continuó inmóvil.

Con infinitas precauciones el catalán levantó la primera barra, y luego la segunda: sólo le faltaba ya descorrer un cerrojo. En aquel instante, como movido por un resorte, el gascón se irguió. No tenía un minuto que perder: la mesa y toda la longitud la sala separaban al diestro del bandido. De un brinco pasó sobre la mesa, sus piernas se abrieron como formidable compás, extendió el brazo inclinando todo el busto hacia la puerta, y Morda, clavado en la puerta, apenas pudo exhalar un ronco estertor. No cayó al suelo hasta que Cocardasse retiró su espada, que le había atravesado de parte á parte.

Pero la partida no estaba ganada aún. La puerta se abrió violentamente, y antes de que